

ENTREVISTA A MIGUEL BUELNA

DE CÓMO BUELNA CAPTURÓ A OBREGÓN

El general Lucio Blanco intervino con éxito cuando faltaban minutos para el fusilamiento

Buelna levantó un acta diciendo que fusilaba a Obregón
“por ambicioso y traidor a la revolución”

Con datos y documentos proporcionados personalmente a los *Periódicos Lozano* por el general Antonio I. Villarreal

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

Las fuerzas constitucionalistas continuaron avanzando hacia Guadalajara.

Cuidando la retaguardia, el general Buelna se encontraba muy cerca de Iztlán, Nay., donde el general Obregón tenía establecido su cuartel general.

Dispuesto a realizar sus planes, el general Buelna avanzó sigilosamente hasta las goteras de Ixtlán y al tener conocimiento de que en la plaza solamente se encontraba el general Obregón acompañado de su Estado Mayor

Las rupturas en el constitucionalismo

y de una pequeña escolta, cayó sobre ella. Buelna sitió el hotel Ixtlán, donde se hospedaba el general Obregón, desarmando a la pequeña guardia que ahí se encontraba.

Dueño de la situación, el joven general, seguido de sus lugartenientes, fue en busca del jefe del cuerpo del Ejército del Noroeste.

—*Dese usted por preso, general* —dijo Buelna a Obregón, quien se encontraba en una de las piezas del hotel conversando animadamente con varios oficiales.

—*¡Qué andas haciendo por aquí, Buelna!* —exclamó el general en jefe, pareciendo no haber escuchado la intimidación.

—*Vengo por usted, general, para que se lo lleve de una vez la...* —agregó Buelna, apuntando con su revólver al general, mientras que sus acompañantes desarmaban a sus ayudantes.

—*Pero, ¿qué es esto, Buelna?...* —dijo el general en jefe, con firmeza.

—*Ya le dije, general... Vamos a levantar un acta y prepárese porque lo voy a fusilar...* —insistió Buelna .

El general Obregón tenía el rostro encendido. Volvió hacia un rincón de la pieza donde se encontraban sus ayudantes vigilados por los oficiales buelnistas, y pretendió acercarse a ellos; pero luego se enfrentó a Buelna:

—*¡Así que esto ha sido una celada!...*

—*Esto ha sido necesario* —interrumpió Buelna— *para acabar con los intrigantes. Usted, general, está perdiendo a la Revolución; usted ha puesto mal a un jefe con el otro y sobre todo, usted no oculta sus ambiciones; y mire, general si por ambiciones viene usted a pelear vale más que aquí termine su carrera y su vida. ¿Quién es usted para que venga haciendo menos a los elementos verdaderamente revolucionarios? Usted no es más que uno de los de última hora, y no voy a permitir que esta situación continúe así.*

UN ACTA

Y sin dar tiempo a que el general Obregón respondiera, Buelna ordenó a uno de sus ayudantes que se sentara a escribir un acta que iba a dictar:

—*En la ciudad de Ixtlán, territorio de Tepic, a los generales, jefes y oficiales de la Brigada Buelna, considerando que obran en defensa de la Revolución y de la Patria, procedieron a la aprehensión del general Álvaro Obregón, llamado jefe del cuerpo del Ejército del Norte...*

Con toda serenidad y como si estuviera recitando una lección, Buelna continuó dictando el acta.

El general Obregón, con la cabeza baja y aparentemente tranquilo, no hacía la menor objeción, a pesar de que Buelna insistía en acusarlo en el acta como “elemento pernicioso para el movimiento revolucionario”.

Durante varios minutos, en la pieza solamente fue escuchada la voz del general Rafael Buelna. Cuando llegó a la parte final en la que decía que los generales, jefes y oficiales de la Brigada Buelna, habían dispuesto que el general Álvaro Obregón fuera condenado a muerte, como una rara coincidencia se escuchó en la pieza cómo los soldados formaban el cuadro en el patio.

La última hora del jefe del cuerpo del Ejército del Noroeste parecía haber llegado. Sin embargo, Obregón continuaba sereno.

El acta dictada por Buelna, terminaba declarando al general Obregón “traidor a la Revolución”.

—*Buelna* —le dijo Obregón, por fin—, *usted está obrando precipitadamente...*

Buelna no respondió. Estaba dispuesto a terminar pronto. Cuando acabó de dictar el acta, hizo que fuera leída en voz alta.

SALVADO POR LUCIO BLANCO

Pero no terminaba la lectura del documento, cuando el general Lucio Blanco, seguido de otros jefes revolucionarios, hizo irrupción en la pieza.

—*iRafael, hombre; pero ¿qué vas a hacer, Rafael?* —exclamó Blanco.

—*iVoy a fusilar a éste, por intrigante y por traidor!* —contestó Buelna, señalando a Obregón.

—*Más serenidad, Rafael, más serenidad...* —insistió Blanco y tomando del brazo al joven general, salió al corredor del hotel.

Eran aquellos momentos, de gran expectación. En el patio, un pelotón de soldados esperaban al reo; en la pieza, el general Obregón comentaba el incidente con los recién llegados, asegurando a los lugartenientes de Buelna que éste no tenía razón alguna para proceder como había procedido.

Después de conferenciar durante varios minutos con Lucio Blanco, el general Buelna entró rápidamente a la pieza donde estaba Obregón y tomando el acta que había dictado, la rompió.

Las rupturas en el constitucionalismo

Blanco tomó a Obregón también del brazo y lo llevó al corredor. La conferencia entre ambos generales duró largos minutos, durante los cuales, el general Buelna dio muestras de profundo disgusto, achacando a sus lugartenientes la falta de vigilancia en el hotel. Buelna supo después que el capitán Jesús Garza se había escapado para ir violentamente a dar aviso al general Blanco de lo que sucedía.

Momentos después, sin embargo, y gracias a la intervención de Blanco, los generales Obregón y Buelna se abrazaron. Obregón dictó inmediatamente órdenes para que la Brigada Buelna marchara junto con las caballerías de Lucio Blanco en la extrema vanguardia.

LA PÉRDIDA DE DOS LUGARTENIENTES

Buelna peleó en Orendáin y avanzó con el ejército constitucionalista hasta la Ciudad de México. Ya en la capital de la República, perdió a un segundo lugarteniente: Rafael Garay. Al primero, Vidal Soto, lo había perdido en las cercanías de Tepic.

Poco después de la toma de Tepic, el general Vidal Soto dijo a Buelna:

—Mi general, permítame que salga en persecución de los federales. Entre los federales va un capitán Manzano, que golpeó horriblemente a mi padre, y que fue por lo que yo me levanté en armas, jurando vengarme.

Buelna accedió a la petición de Vidal Soto, quien alcanzó al enemigo en Jalisco, dando muerte a Manzano, pero quedando también él muerto en el campo de batalla.

Garay, el otro lugarteniente de Buelna, no murió en combate: Fue asesinado en el hotel Cosmos por el general Juan Banderas. Banderas y Buelna habían tenido un serio altercado, al final del cual Garay salió en defensa de su jefe, quien se acababa de ausentar, siendo entonces asesinado por Banderas.

Rotas las hostilidades entre la Convención y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Buelna salió de la Ciudad de México, regresando al territorio de Tepic. El joven general ocupó el gobierno y la comandancia militar del territorio, e inmediatamente se lanzó sobre el estado de Sinaloa, con intenciones de comunicarse con los elementos de don José María Maytorena.

Pero el general Ramón E. Iturbe y sus lugartenientes Juan Carrasco y Ernesto Damián le salieron al paso.

El comandante militar de Tepic escogió para presentar combate a las fuerzas carrancistas, el cerro de La Muralla, casi en los límites de Sinaloa y el territorio tepiqueño.

La suerte favoreció a los buelnistas, quienes hicieron retroceder a Iturbe hasta el puerto de Mazatlán. Buelna avanzó hasta Villa Unión, donde dejó como jefe al coronel Gándara. La situación de los buelnistas era privilegiada y Gándara se confió demasiado, dejando que el general Juan Carrasco se acercara a la plaza y cayera sobre ella sin dar tiempo a que organizaran la defensa.

Fue tal la derrota sufrida por las fuerzas de Buelna, que los carrancistas avanzaron rápidamente hasta Escuinapa, Sin.

Buelna estableció entonces, nuevamente su línea de defensa en el cerro de La Muralla. Pero al mismo tiempo que se atrincheraba, el general se dirigió al general Villa, pidiéndole elementos de guerra para continuar la lucha.

La Muralla quedó convertida en una posición inexpugnable, habiéndose encargado de las obras de defensa el ingeniero Juan de Dios Bátiz, jefe del Estado Mayor de Buelna. Varios meses permanecieron los buelnistas en La Muralla, deteniendo el avance de las fuerzas del general Iturbe y esperando los elementos perdidos del general Villa.

Pero el tiempo y la situación eran cada día más difíciles. Los carrancistas emprendieron una terrible ofensiva sobre las posiciones villistas, habiendo logrado en una ocasión el general Maclovio Herrera apoderarse de La Muralla, pero fue desalojado gracias a la temeridad del general José Miramontes, a quien Buelna había dicho en los más terribles momentos del combate:

—*Viejecito: Los dos vamos a atacar el cerro que nos quitaron: tú por atrás y yo por delante. Viejecito, dame ahora un abrazo, porque los dos quedamos muertos o los dos nos vemos en la punta del cerro.*

Emocionados se abrazaron los dos generales. Media hora después, el general Buelna escuchaba las dianas en la posición recuperada por Miramontes.

A pesar de estas victorias parciales, la situación de los buelnistas era insostenible. Después de haber recuperado La Muralla, el general fue informado que sus soldados tenían solamente diez tiros por plaza.

Buelna tomó entonces una resolución suprema: concentrar su gente en el norte de Tepic, mientras conseguía que el general Villa le proporcionara el parque que necesitaba para continuar la lucha. Sigilosamente hizo que sus fuerzas abandonaran las posiciones que tenían en La Muralla y se retiraran hacia Tepic y luego hacia Ahuacatlán.

Las rupturas en el constitucionalismo

Para engañar al enemigo y dar así lugar a que la retirada se hiciera en pleno orden, el joven general cayó una noche inesperadamente sobre las fuerzas de Carrasco, sembrando el descontento y la muerte.

Seguro de que los carrancistas tardarían varias horas en reponerse de la agresión, se retiró tranquilamente hacia el norte, llevándose todos los elementos que pudiera haber aprovechado el enemigo.

Evacuó Acaponeta, Santiago y Tepic, y estableció su cuartel general en Ahuacatlán, a la entrada de la sierra. Ordenó que sus soldados fueran desarmados en vista de que carecían de parque, y que fueron enviados a descansar a Amatlán de Jora y se limitó a establecer vigilancia en La Maquesada y el Puerto de Ceboruco, las dos únicas entradas a la sierra, que por su situación ventajosa podían ser defendidas por unos cuantos hombres contra todo un ejército.

Y al mismo tiempo que establecía su cuartel general en Ahuacatlán, llamó a su hermano Miguel, y le dijo:

—*Miguel, vas a ir en busca del general Villa a Zacatecas, Aguascalientes, a León, a Celaya, a donde se encuentre, y le vas a llevar una carta en la que le pido nuevamente y por última vez armas y parque, corre y regresa pronto.*

Y Buelna instruyó detenidamente a su hermano, sobre lo que debería decir al general Villa.

CON VILLA

Con una escolta de veinticinco hombres y dispuesto a llegar hasta donde se entraba el general Francisco Villa, partió Miguel Buelna de Ahuacatlán, Nay.

Catorce días tardó en atravesar la sierra, hasta llegar a la ciudad de Zacatecas, en donde inmediatamente dio aviso de su arribo al comandante militar en el estado, general Félix Bañuelos. Bañuelos proporcionó todo género de facilidades al joven Miguel para que continuara a León Gto., donde se encontraba el general Villa.

Cuando el hermano del general Buelna llegó a León, Villa y sus lugartenientes hacían planes para resistir el ataque de las fuerzas constitucionalistas que después del triunfo de Celaya, avanzaban hacia el norte.

El jefe de la División del Norte tenía ya conocimiento de la llegada de Buelna a León e hizo que inmediatamente fuera conducido a su presencia.

—*¡Con que tú eres hermano del chamaco Buelna!* —exclamó Villa viendo a Miguel de arriba abajo y añadiendo—: *Dile al Chamaco que Pancho Villa está muy contento con la retirada que hizo de La Muralla; ya sé que se retiró llevándose hasta las “bacenicas” de los hospitales... ¡Esos son generales, señores!* —agregó el famoso guerrillero, dirigiéndose a varios militares que le rodeaban.

—*¡Esos son generales y no los que intrigaron a Buelnita pa’ que no le enviara yo parque!*

Villa pidió a Miguel que le diera los detalles de la forma como Rafael se había retirado desde La Muralla hasta a Ahuacatlán, sin dejar elemento de guerra alguno al enemigo.

El guerrillero escuchó atentamente al enviado, exclamando de vez en cuando:

—*¡Ah, qué Chamaco y yo que no le he enviado parque...! ¡Ah, qué Chamaco!...*

Cuando Miguel terminó de poner al corriente al guerrillero de la situación en el territorio de Tepic, el jefe de la División del Norte llamó a uno de sus ayudantes y le dijo:

—*Dele aquí una orden al joven Buelna, para que el general Bañuelos le entregue en Zacatecas cinco millones de cartuchos, vestuario para cinco mil hombres, dos mil carabinas, y...*

Villa interrumpió y volviéndose a Miguel, preguntó:

—*¿Cuántos hombres traes?*

—*Veinticinco, mi general*

—*¿Y tú crees que voy a exponer los elementos de guerra, muchacho?... A ver* —añadió el general, dirigiéndose al oficial de órdenes—, *que Bañuelos le dé a este muchacho unos trescientos hombres para que lleven el cargamento a Tepic.*

Al despedirse de Miguel, el general Villa volvió a elogiar a Buelna, asegurando a sus lugartenientes que era uno de los elementos de mayor confianza de que disponía.

EN ZACATECAS

Miguel regresó a Zacatecas, no solamente provisto de la orden del general Villa, sino también de importantes noticias para su hermano.

Al marchar al centro del país en busca del guerrillero, Miguel había recibido esta consigna de Rafael:

Las rupturas en el constitucionalismo

—*Te informas bien de la situación y sobre todo de la Convención de Aguascalientes, porque si me lancé a la revolución por ideales, no continuaré peleándome si esos ideales han sido manchados por los hombres de la División del Norte.*

En Zacatecas, Miguel se ocupó en arreglar el convoy para cruzar la sierra lo más pronto posible y cuando ya estuvo todo dispuesto, anunció al general Bañuelos su marcha.

Pero pocas horas faltaban para que el convoy saliera de Zacatecas, cuando Miguel Buelna recibió un mensaje del general Villa en el que le advertía que, teniendo que concentrar a toda su gente en Aguascalientes como consecuencia del fracaso de la batalla de León, no podría facilitarle escolta alguna para conducir los elementos de guerra a Tepic, y que, por lo tanto, debería marchar solo a dar cuenta a Rafael de la situación, para que éste enviara gente a recoger armas, el parque y el vestuario.

Como consecuencia de esta disposición del guerrillero, Miguel partió solamente acompañado de varios hombres hacia Ahuacatlán a donde llegó siete días después informando a su hermano del resultado de su comisión.

PERDIDOS MORAL Y MATERIALMENTE

Fue entonces cuando el general Buelna resolvió marchar a Zacatecas para recoger personalmente los elementos de guerra y conferenciar al mismo tiempo con el jefe de la División del Norte.

Tres semanas permaneció el general ausente del territorio tepiqueño. Al regresar, llegó con los elementos de guerra, pero bien desmoralizado.

—*Estamos perdidos moral y materialmente* —dijo Rafael a su hermano—: *Moralmente, porque el villismo se ha convertido en un grupo de ambiciosos a cuyo frente está el mismo Villa, a quien comprendo los deseos de llegar a la presidencia de la República; y materialmente porque es difícil que la División del Norte se reponga después de la derrota en Celaya y León. Sin embargo, tenemos que pelear... Es un compromiso, hermanito, y voy a cumplir con él hasta donde alcancen mis fuerzas...*

Rápidamente reorganizó Rafael Buelna a sus fuerzas y marchó sobre Tepic. Al llegar a las goteras de la ciudad, habló por teléfono con el general Ernesto Damy, comandante militar de la plaza, diciéndole:

—*Oye, Ernesto, ¿me vas a esperar?*

—*Sí* —contestó el general Damy—, *aquí te voy a quitar lo general.*

—*Nomás no corras y verás qué buenos son los buelnistas...* —contestó Rafael.

Y colgando el audífono, ordenó el ataque a la plaza, derrotando completamente a los carrancistas a las órdenes de Damy.

Después de ocupar Tepic, Buelna envió un propio al general carrancista Juan Carrasco, anunciando que estaba dispuesto a retirarse de la lucha armada y que evacuaría el territorio de Tepic, para dirigirse a Durango; pero que si en su marcha a Durango era atacado por los carrancistas, se defendería.

Avanzó Buelna hacia el sur y Carrasco, desconfiado del movimiento, salió a batirlo, siendo completamente derrotado.

Derrotadas las fuerzas de Carrasco, el general Buelna continuó hacia Durango, a donde llegó felizmente, poniéndose desde luego en contacto con el general Villa, quien se encontraba ya en Chihuahua. Villa ordenó a Buelna que permaneciera en Durango hasta nueva orden.

DECIDIDO A RETIRARSE

Sin embargo, el general Buelna llamó a sus lugartenientes y les hizo saber que no estando conforme con los procedimientos del jefe de la División del Norte y que habiendo desaparecido la Convención, había resuelto retirarse a la vida privada. Pero antes de tomar esta última resolución, Rafael comunicó a sus amigos que iría a la ciudad de Chihuahua a conferenciar con el guerrillero.

Buelna se lo comunicó así a Villa, quien telegráficamente le ordenó por segunda vez que permaneciera en Durango. Pero el joven general no hizo caso de la orden y acompañado de varios oficiales y de su escolta salió para Chihuahua. Al llegar a Pedriceña, recibió un nuevo telegrama del jefe de la División del Norte, ordenándole regresar a Durango. Buelna tranquilamente le contestó: “Sigo a esa, porque han quemado el puente de Velardeña”.

Llegó a Chihuahua y al bajar en la estación, llamó al coronel Gregorio Osuna, jefe de su escolta, ordenándole:

—*Oye, jefe Goyo, voy a ver al general Villa y quién sabe cómo se me ponga el asunto; sígueme con la escolta y cuando oigas un tiro, entras como puedas al cuartel general, porque el general Buelna estará en peligro.*

Con gran desplante llegó Buelna al cuartel general de Villa y dejando a su escolta frente al edificio, entró seguido de su jefe de Estado Mayor, ingeniero Juan de Dios Bátiz.

Las rupturas en el constitucionalismo

CON EL GENERAL EN JEFE

Villa estaba en el comedor, rodeado de varios generales, y al ver a Buelna, exclamó furioso:

—*Pero, ¿por qué ha desobedecido mis órdenes? ¿No le dije que se quedara en Durango?*

—*¡Eh!* —exclamó Buelna con rabia— *¡Pero qué manera de recibir a uno!...*

Y sin esperar respuesta del guerrillero, el joven general dio media vuelta para salir del comedor. Villa, nervioso, se puso en pie, gritando:

—*¡Pos pa' dónde va, Chamaco! ¡Venga Chamaco, venga y deme un abrazo, hombre!*

Buelna se detuvo en el quicio de la puerta, mientras que el guerrillero, sonriente, avanzó hacia él, dándole un fuerte abrazo; tomándole del brazo, le dijo:

—*Pero hombre, Buelnita, ¿pos qué no me comprende que me hace falta en Durango?*

—*Sí, mi general, pero antes quiero hablar con usted sobre algunos asuntos...*

—*Bueno, hombre, quédese aquí y hablaremos.*

Y el guerrillero hizo que Rafael se sentara a su lado, después de recibir los abrazos de los generales que estaban en el comedor.

Largas horas conferenciaron Villa y Buelna; pero ese mismo día en la noche Rafael confirmó a su hermano:

—*Miguel, nos vamos; y nos vamos para los Estados Unidos. Yo entré a la revolución a pelear por ideales, y Villa no me puede convencer con sus ambiciones.*

RUMBO A EL PASO

Y en los momentos que los dos hermanos hacían sus planes para marchar al norte, llegó a la estación el general Villa. El guerrillero hizo saber a Buelna, que el general Rosalío Hernández se acababa de unir a los carrancistas y que había resuelto ir a batirlo.

—*Chalío* —dijo Villa a Buelna— *era uno de mis mejores muchachos; pero me ha traicionado y 'ora le voy a probar a lo que saben las traiciones...*

Villa partió para el sur. Apenas había salido cuando Rafael ordenó al maquinista de su tren especial:

José C. Valadés

—*Muchacho, pícale para el norte, hasta Ciudad Juárez...*

El tren se puso en marcha. Era una marcha desesperante: la mayor parte de los puentes estaban quemados; la vía férrea estaba llena de máquinas muertas. Pero Buelna todo lo vencía. Junto al maquinista dio órdenes, trabajó, abrió el paso. Sabía que si su marcha hacia el norte era descubierta por el general Villa, su vida estaba en peligro.

El tren especial llegó al fin a Ciudad Juárez. Buelna y sus amigos desembarcaron rápidamente y, a bordo de su automóvil, cruzaron la línea divisoria.

Horas después de haber llegado a El Paso, Texas, el general Rafael Buelna tuvo en su poder una copia de un telegrama firmado por el general Francisco Villa y recibido por el comandante militar de Juárez:

Decía el telegrama: “General Buelna llegará esa, tren. Aprhéndanlo y rinda parte de su fusilamiento.”

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 26 de julio de 1931, año v, núm. 324, pp. 10-11.